

dejando una respetable reserva, organizó cinco columnas, de las cuales tomó tres, y con ellas envolvió el fortín de la Tenería. La lucha aquí se hizo terrible. La Tenería, aunque guarnecida con poca tropa y cuatro cañones, hacia una defensa tenaz que causaba grandes estragos en los asaltantes. Estos redoblaron sus esfuerzos para apoderarse del punto; pero recibiendo los que defendían el sitio disputado al 3.º ligero de refuerzo, no solo se mantuvieron firmes, sin retroceder un palmo de terreno, sino que calando bayoneta se arrojaron sobre sus contrarios. No se podía exigir mas valor ni decision; pero el número de los invasores crecía, y despues de verse envueltos por todas partes por ellos, se vieron precisados á abandonar la Tenería y retirarse al punto denominado Rincon del Diablo, que estaba á tiro de fusil. Los norte-americanos, comprendiendo que aquellos eran los instantes favorables, siguieron avanzando; pero al llegar al Rincon del Diablo y dos flechas intermedias de su izquierda, encontraron una resistencia heróica, y fueron rechazados con grandes pérdidas, distinguiéndose por su valor en la defensa, el coronel D. Calixto Bravo y el capitán de artillería apellidado Arenal.

1846. En seguida, y sin interrupcion, prolongó el general Taylor su ataque sobre el reducto del Puente de la Santísima, donde hizo cargasen aun las columnas que le quedaban de reserva. Allí se encontraba el general Mejía, á quien estaba encomendada la defensa de la primera línea. La acometida de las tropas norte-americanas fué brusca; pero la serenidad con que fueron recibidas, fué asombrosa. El combate se hizo allí obstinado y sangriento;

pero despues de una lucha desesperada de seis horas, las tropas de los Estados Unidos volvieron la espalda á los soldados mejicanos, dejando tendidos en el campo un número crecido de muertos y de heridos. Los mejicanos, saltando la trinchera, los persiguieron largo rato, haciendo nuevas víctimas. Aquel debió ser el instante en que las armas mejicanas alcanzasen un triunfo completo, si, como lo pedia el general Mejía, se hubiese enviado la caballería y una columna de la reserva de infantería por la retaguardia ó flanco de los norte-americanos; pero no fué obsequiado su deseo, y el ejército invasor pudo retirarse sin ser molestado, al bosque de Santo Domingo, despues de dejar un destacamento y algunas piezas de artillería defendiendo el reducto de la Tenería de que, como hemos visto, se habian apoderado al principio del combate.

A las once del día 22, las fuerzas norte-americanas situadas en la Tenería, se movieron, cargando sobre el Cerro del Obispado. La fuerza mejicana que defendía este punto era de 300 hombres, con tres piezas de artillería, número sumamente pequeño para defenderlo de la gruesa columna que lo atacaba. Los invasores se apoderaron, al rayar el alba, del pico occidental y mas alto del Cerro del Obispado que no se habia fortificado por creerlo inaccesible. Esta falta de precaucion, imperdonable en la guerra, proporcionó á los sitiadores una posicion dominante. Despues de haber sorprendido á sesenta soldados del 4.º ligero que allí se encontraban, subieron cañones de buen alcance, y rompieron sus fuegos sobre la obra del Obispado. Destrozada una gran parte de sus fortificaciones, el general Taylor destacó tres columnas para apoderarse del sitio

deseado por él. Los norte-americanos se arrojaron con la seguridad del triunfo sobre el Obispado al notar el corto número de soldados que lo defendían; éstos lucharon con desesperación, esperando que serían reforzados con nuevas tropas; pero viendo que ningún auxilio llegaba, y cansados, heridos, perdida la esperanza, y sobre todo, acosados por todas partes de contrarios, cedieron el campo después de haber combatido obstinadamente. El refuerzo anhelado se vió al fin; pero este refuerzo que consistía en el 1.º de línea y en 100 hombres de zapadores y una pieza ligera de artillería, llegaba en los momentos en que se enarbolaba en el Obispado el pabellón de las estrellas.

1846. Dueños los norte-americanos de la primera línea que habían abandonado el 23 las tropas mejicanas para concentrarse en la última, que era el pequeño recinto de la plaza de Armas, la toma de la plaza la consideró Taylor como indudable. Una lluvia de proyectiles sólidos y huecos empezaron á caer sobre el reducido punto en que se encontraban los defensores de la plaza. Dueños del resto de la población, los invasores fueron acercándose á la plaza de Armas, horadando los edificios, sin poder ser ofendidos. Cercados por todas partes los mejicanos, sin víveres, porque la mayor parte estaban repartidos en la ciudad, sin esperanza de socorro y recibiendo un fuego mortífero de cañón, no tenían más recurso que abrirse paso á la bayoneta, lo cual era imposible por hallarse el enemigo parapetado, ó capitular. «En estas circunstancias», decía el general Ampudia en una comunicación dirigida á su Gobierno el día 25 de Setiembre desde el mismo Monterey, «fui invitado por varios jefes para tratar

de un acomodamiento que economizase pérdidas; pues de abrirse paso á la bayoneta, hallándonos cercados de enemigos atrincherados, era consiguiente se dispersase la tropa y nada quedase de material. Pesadas por mí estas consideraciones, también tuve presente lo que padecía la ciudad con los ataques comenzados y los que se emprendiesen horadando casas, no menos que con el estrago de las bombas: la escasez que comenzaba á sentirse de municiones: los víveres perdidos conforme adelantaban las líneas del enemigo hácia el centro: lo distante de los recursos, y por último, que la prolongación por dos ó tres días, si acaso era posible de tal estado de cosas, no podía producir un triunfo, consentí en abrir proposiciones que dieron por resultado el convenio de capitulación adjunto». Con efecto; á las tres de la mañana del día 24, se dirigió el coronel D. Ramon R. Moreno hácia el campo de Taylor, solicitando parlamento. Concedido éste, cesaron los fuegos sobre la plaza de Armas, y Taylor propuso que las tropas mejicanas evacuasen la ciudad, después de jurar que no volverían á tomar las armas contra los Estados Unidos. Cuando el enviado se presentaba con esta contestación, se anunció que el general Worth se acercaba á tener una entrevista con el general en jefe mejicano. Con efecto, aquella entrevista se verificó, y en ella manifestó el general Worth que las tropas mejicanas evacuasen la ciudad dejando sus armas, permitiendo únicamente á los oficiales que saliesen con sus espadas. El general Ampudia no pudo contener su indignación al escuchar aquella dura condición, y contestó con entereza, que si no era posible otro acomoda-

miento, estaba resuelto á morir con todo su ejército antes de consentir en tal infamia. El general Worth dijo entonces que iria á ver á Taylor, para convenir en todo lo que podia concederse; y de esta última entrevista resultó una capitulacion que el general Ampudia juzgó honrosa. En ella se convino, que el ejército mejicano saliese con sus armas y equipajes; que llevase una bateria de seis cañones, con veinticuatro tiros cada uno; que cada soldado llevase una parada de cartuchos, quedando el resto del material de guerra en la plaza. Por su parte los norte-americanos se comprometieron á no pasar por espacio de siete semanas, de la línea de Matamoros, Linares y Victoria, durante las cuales trabajarian en proporcionar un arreglo de paz honroso para los dos países. A las once de la mañana de aquel mismo dia, la fuerza mejicana que se hallaba en la ciudadela, salió de ésta al frente de una columna norte-americana que mandaba el general Smith.

Al evacuar el punto, los soldados mejicanos arriaron su bandera; la salva de ordenanza se escuchó, y el pabellon de las estrellas se vió tremolar en donde poco antes habia tremolado aquélla. La tropa mejicana, así como la oficialidad que tan valientemente se habian defendido, se sintieron oprimidos de pena, y el llanto asomaba á los ojos de algunos al escuchar los *hurras* de alegría de los invasores. El 26 salió de Monterey para el Saltillo la primera brigada y dos cuerpos de caballería con el general en jefe D. Pedro Ampudia. El 27 lo verificó el resto del ejército. La toma de Monterey costó á los norte-americanos la pérdida de cuatrocientos noventa y siete hom-

bres entre muertos y heridos (1): las bajas que tuvieron los mejicanos ascendieron á cosa de quinientos.

1846. Santa-Anna y sus tropas tuvieron noticia de aquella desgracia cuando apenas se habian alejado de Méjico. Profundo fué el pesar que les produjo aquella nueva; pero, animados con la esperanza de vengar los recientes descalabros, continuaron su marcha hácia San Luis Potosí, que era el punto donde se debian reunir todas las tropas. El dia 30 del mismo mes de Setiembre, el general D. Mariano Salas, encargado del Supremo poder Ejecutivo, dió un manifiesto á la nacion, en que manifestaba la pérdida de Monterey, excitando el patriotismo de todos para tomar las armas en defensa de la patria. Como los recursos pecuniarios eran entonces mas que nunca indispensables para atender al ejército que debia reunirse en San Luis Potosí bajo las órdenes del general Santa-Anna, el Gobierno citó á una junta para el 1.º de Octubre á las personas pudientes de la capital. La junta se verificó á la una de la tarde en el Ministerio de Hacienda, con la comision nombrada por el ministro de este ramo D. Antonio Haro y Tamariz, y compuesta de los señores Garay, D. Luis Cuevas, Rubio, Dr. Sagaceta, Echeverría y J. Mier y Terán, para un préstamo de cuatrocientos mil duros de pronto reintegro. De aquella junta resultó que se entregaron doscientos mil duros, pues para facilitar el resto se tropezaba con graves dificultades. Al siguiente dia, el Gobierno impuso una nueva contribucion, como indispensable para proporcionarse los recursos ne-

(1) Horacio Greeley. *Historia de los Estados Unidos*.

cesarios para la guerra. El arbitrio que en aquella disposicion meditada por el Gobierno se daba, debia, sin duda, proporcionar cantidades de consideracion. Los artículos que despues de varios considerandos contenia la disposicion, decian: que «todos los propietarios de fincas urbanas de todas las ciudades y poblaciones de la república, particulares, conventos, cofradías, instituciones y de cualquiera clase que sean, cederian, por una sola vez para la guerra, el importe de un mes de su arrendamiento, ó una cantidad igual á la que se les pagaba por la renta de un mes: que todos los inquilinos y subinquilinos pagarian por una sola vez, sobre la renta que pagaban por la casa en que habitaban, una cantidad igual á la cuarta parte de la renta de un mes, y ésta la cederian para la guerra: que todos los que habitaban casas de propiedad nacional, por razon de oficina y cualquiera otra, y de cualquiera otra propiedad que no fuese de particular, pero que no lo fuese del que la habitaba, se tendria como inquilino, y para el pago de lo que le correspondia como á tal, se consideraria su casa ó habitacion con el valor que se le hubiese dado para el pago de la contribucion de dos al millar, y el rédito de este capital, á razon de un 5 por 100 anual, seria considerado como la renta: que los que habitasen casa de su propiedad, serian considerados para los efectos de aquel decreto, como propietarios, siempre que tuviesen empleo público ú otro modo de vivir que no fuese del trabajo material de sus manos, y serian tenidos como inquilinos en caso contrario. Esta calificacion se dejaba á la prudencia del comisionado, de que se hablará despues: que serian comprendidos en esta contribucion los edificios que

servian de conventos y colegios de ambos sexos, que tuviesen fondos propios, ya de fundaciones, ya fuese por disposiciones de las leyes, ya por las pensiones que pagasen sus individuos: que serian tambien comprendidos los conventos, que aunque no tenian rentas ni propiedades, pero cuyos religiosos percibian obviaciones por los actos del culto». Otros varios artículos de menos importancia, completaban la nueva contribucion impuesta por el Gobierno, que encontró gran resistencia en el público y justas observaciones en la prensa.

1846. La pérdida de Monterey causó un pesar profundo en la capital de Méjico, pero no hizo desmayar el espíritu patriótico. Los empleados, los comerciantes, los artesanos, los estudiantes, los literatos y los artistas corrieron inmediatamente á coger las armas para formar batallones de voluntarios dispuestos al combate. El 11 de Octubre por la mañana, se reunieron en la plaza de toros los individuos que formaban un cuerpo de esta guardia nacional. Mas de mil personas de todas las clases laboriosas de la sociedad, asistieron, llenas de entusiasmo, y victoreando á sus jefes, á la libertad y á la independencia. Allí mismo se reunieron todos los capitanes, tenientes, subtenientes y sargentos, y con arreglo á la ley, procedieron á la eleccion de los jefes del cuerpo. Resultaron electos, para coronel, el general D. Pedro María Anaya; para teniente coronel, D. Vicente García Torres, editor del *Monitor Republicano*; y para mayor, el coronel D. Joaquin G. Granados. Este batallon se denominó de *Independencia*. La tarde del mismo dia, se reunieron los comerciantes en el convento de San Francisco, en número

de seiscientos. Allí arreglaron sus compañías, eligieron sus jefes, y nombraron coronel del cuerpo á D. José Gomez de la Cortina. Este cuerpo se llamó *Batallon Victoria*. En la misma tarde se reunieron en el palacio los empleados del Gobierno, los cuales formaron el *Batallon Hidalgo*. La artillería la componia otro cuerpo de artesanos que llevaba el nombre de *Batallon de Mina*. Otros muchos cuerpos de voluntarios, entre ellos el batallon *Bravo, Galiana, Guerrero*, y algunos mas, formaban la guardia nacional.

Nada mas laudable que aquella prueba de patriotismo de los empleados, comerciantes y honrados artesanos; y sin embargo, aquel rasgo de amor patrio de las personas distinguidas, fué mirado con odio por algunos pocos de ideas en extremo exageradas. Mirando con criminal envidia á las clases mas útiles de la sociedad, tuvieron una reunion en la noche del mismo dia 11 esos pocos en extremo exagerados, en la casa de un individuo bastante conocido entonces, el cual propuso, y se aprobó entre ellos, que los cuerpos que se llamaban aristócratas fueran disueltos. ¡Hasta dónde llega el espíritu de partido! El *Monitor Republicano*, reprobando justamente esta junta, decia al siguiente dia estas palabras: «Es ciertamente increíble, que hombres que afirman ser liberales, quieran estar promoviendo discusiones que no deben existir; digan claramente que no quieren que sean armados los comerciantes y demás individuos acomodados; que á éstos no les obligan las leyes, que no son ciudadanos, y entonces quedarán excluidos los hombres acomodados y que tienen interés, de toda clase de representacion». Pero los aludidos,

ciegos en su idea de partido, ya que veian que no les era posible hacerse escuchar del Gobierno, hicieron circular una voz con que creian alcanzar su objeto. En la mañana del 14 del mismo mes de Octubre hubo gran alarma: cor-
1846. rian rumores de que se disponia una revolucion á mano armada para derrocar el Gobierno, disolver los cuerpos de la guardia nacional y dar un ataque á la propiedad. Apenas empezaron á circular estos rumores, los ciudadanos de todas las clases corrian á sus cuarteles llevando sus armas, para defender la propiedad que era lo que se reputaba amenazada, así como la estabilidad y órden del Gobierno reconocido. En el batallon del comercio todos sus individuos se presentaron; en el de artesanos y clases laboriosas, se reunieron mas de mil hombres, y por todas las calles solo se veian ciudadanos armados en defensa de las garantías y de la propiedad. La falsa alarma se disipó completamente, merced á los nobles esfuerzos de las autoridades, de las personas influyentes, y sobre todo á la docilidad y moderacion del pueblo mejicano. Sin embargo, aquellas alarmas y aquellos rumores, sembraban la desconfianza, y mantenian vivos los ódios de partido que nunca como entonces debian olvidarse.

Entretanto Santa-Anna, ansioso de volver á las armas del ejército el brillo empañado en la reciente campaña, marchaba, lo mismo que su tropa, animado de un vivo entusiasmo patriótico, y el dia 14 de Octubre llegó á San Luis Potosí, donde fué recibido con demostraciones de júbilo. La fuerza que capituló en Monterey, llegó á fines de Octubre en número de cuatro mil hombres, al mando del general Ampudia, de suerte que en San Luis se en-

contraban reunidos, al terminar el mes, siete mil soldados, que fué el pié de ejército con que el nuevo general en jefe contó en los primeros días. Como se tenía por seguro que las tropas norte-americanas que se habían movido hácia el Saltillo se dirigirían á San Luis, se empezaron á levantar en esta ciudad obras de fortificación para ponerla en buen estado de defensa. El general Santa-Anna presenciaba todos los trabajos, y su vista despertaba el entusiasmo en el ejército. Los habitantes de San Luis Potosí, llenos del mas acendrado patriotismo, tomaban parte activa en todo, y hacían notables sacrificios por proporcionar á la tropa cuantos recursos eran necesarios. Cuando se hallaban bastante adelantadas las obras de fortificación, se supo que Taylor no pensaba moverse sobre San Luis, y entonces todos los cuidados y desvelos de Santa-Anna se fijaron en poner al ejército bajo un pié brillante de instrucción. A fin de aumentar el ejército, se echó mano del sistema de leva, observado siempre en Méjico, y los indios, convertidos en soldados por este medio, empezaron á recibir la instrucción indispensable en el manejo de las armas, haciendo ejercicio por mañana y tarde.

1846. Aunque el patriotismo es cualidad que resalta en los mejicanos, preciso es decir, porque la verdad histórica lo exige, que este patriotismo hubiera dado mejores resultados á haber caminado unidos todos los Estados como si uno solo fueran; pero no sucedió algunas veces así. El sistema federal que al subir Salas al poder quedó establecido, hacia á cada Estado independiente y soberano, y muchos de ellos creyeron que la fuerza de-

bían reservarla en su territorio para poder rechazar á los norte-americanos cuando los invadieran. Esta creencia fué un error de funestas consecuencias. Unidas todas las fuerzas de los Estados, se hubiera podido presentar un numeroso ejército que hubiera destruido al que presentaron los norte-americanos, al paso que los esfuerzos aislados de cada uno, por supremos que fuesen, no podían presentar el número de soldados que igualase al que enviaban los Estados-Unidos. Mas si algunos Estados guardaron sus hombres y sus recursos para el caso de que fuesen invadidos, otros llevaban su patriotismo hasta excederse en proporcionar al Gobierno general cuantos recursos de gente y de dinero tenían. Merecen particular mención por su acendrado patriotismo el Estado de Guanajuato, que envió á San Luis seis mil hombres bien equipados y pagados, Jalisco, Querétaro, Aguascalientes, Michoacan, y San Luis Potosí, que por espacio de tres meses, Noviembre, Diciembre y Enero, no cesaron de proporcionar gente y dinero á la causa de la patria. Los Estados de Chihuahua, Nuevo Leon y todos los de la frontera, se habían distinguido por su espíritu patrio sacrificando gente y fortuna en defensa de la independencia, y si no podían proporcionar en aquellos momentos sumas de dinero al ejército que se encontraba en San Luis Potosí, porque habían quedado reducidos á la mayor miseria, seguían combatiendo sin descanso contra los norte-americanos con una heroicidad que los honrará siempre. El contingente enviado por los Estados que he mencionado arriba y el aumento de fuerza debido al sistema de leva, unidos á los siete mil hombres que tenía ya

Santa-Anna en San Luis Potosí, hicieron ascender el ejército reunido en aquella ciudad á diez y ocho mil hombres. Santa-Anna, con un empeño que le honra, no perdonó medio de vestir perfectamente al soldado y de darle la instruccion necesaria en el manejo de las armas para sacarle á campaña.

El 19 del mismo mes de Octubre dejó la cartera de Relaciones D. Manuel Crescencio Rejon y la de Justicia D. Ramon Pacheco, entrando á desempeñar aquella Don José María Lafragua, y la segunda D. Joaquin Ladron de Guevara. Pocos dias despues de haberse encargado de la cartera de Relaciones el Sr. Lafragua, dirigió á éste el Sr. Bankhead, enviado de S. M. Británica, una nota en que le ofrecia la mediacion de la Inglaterra para poner término á la guerra con los Estados Unidos, de una manera honrosa para los dos países. El ministro mejicano contestó que el asunto era de suma importancia, y que solo podia resolverlo el Congreso que debia reunirse en

1846. Diciembre, siguiendo hasta entonces las cosas políticas la marcha empezada. Entretanto los vecinos de Mazatlan, á quienes dejamos preparándose para resistir cualquier ataque, se habian mantenido desde el dia que les vimos acudir á tomar las armas en una actitud imponente. Indignados de verse bloqueados por la corbeta *Lawarren* que habia capturado alevosamente al bergantin *Malek Adel*, y por algunos otros buques pequeños, tomaron la resolucion patriótica de obligar á los norte-americanos á levantar el bloqueo. Afanosos y resueltos á conseguirlo, dispusieron el 30 y 31 de Octubre y 1.º de Noviembre una goleta y varias lanchas

mejicanas, y lanzándose sobre los barcos de los Estados Unidos y protegidos por la artillería de la plaza, les obligaron á levantar el bloqueo. Pero mientras este hecho honroso enaltecia el patriotismo de los vecinos de Mazatlan, las rencillas de partido continuaban en la capital de Méjico. La division entre el partido liberal exaltado, llamado *puro*, y el moderado, continuaba cada vez mas pronunciada: el deseo de dominar del primero se daba á conocer en todos sus actos, y de aquel antagonismo se temia que brotase en la capital una revolucion, con perjuicio de la defensa de la patria. El Gobierno de Salas, á la vez que procuraba evitar todo conflicto, enviaba al ejército, reunido en San Luis, los recursos pecuniarios indispensables, sin que jamás se desatendiera de aquella obligacion que cumplió con religiosidad durante su interinato. A fines de Setiembre dió orden al general D. Gabriel Valencia para que con las fuerzas que reuniese en Guanajuato, marchase á incorporarse con Santa-Anna. Valencia salió en el momento: encontró los pueblos del Bajío llenos de entusiasmo patriótico y deseando tomar parte activa en la defensa nacional; organizó una respetable fuerza de gente robusta y resuelta con el nombre de Auxiliares de Guanajuato, y llegó con ella á San Luis en los últimos dias de Noviembre. Santa-Anna no descansaba entretanto en la reorganizacion del ejército; y justo es consignar en estas páginas el merecido elogio á que se hizo acreedor por su infatigable celo.

1846. El Gobierno de los Estados Unidos, despues de la toma de Monterey por Taylor, cambió el plan de campaña que al principio se habia propuesto seguir,